

Edison.

D. F. L.



# EDIPO

**REY DE TEBAS.**

**TRAJEDIA**

en cinco actos y en verso, traducida del francés

**POR**

**D. F. L.**



*Barcelona :*

**IMPRENTA DE D. MANUEL SAURÍ,**  
calle Ancha, esquina á la del Regomí.

---

**1842.**

## PERSONAS.

---

- EDIPO, *rey de Tebas.*
- IOCASTA, *reina de Tebas.*
- FILOTETES, *principe de Eubeas.*
- EL SUMO SACERDOTE.
- ARASPE, *confidente de Edipo.*
- AGENOR, *al frente del pueblo Tébanos.*
- EGINA, *amiga de Iocasta.*
- DIMAS, *amigo de Filotetes.*
- FORBAS, *anciano Tébanos.*
- ÍCARO, *anciano de Corinto.*

*La escena pasa en Tébas.*

---

### ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

---

Á pesar de la antigüedad del asunto de esta Tragedia, por cuyo motivo se puede disimular al autor, haber introducido en ella el coro á imitacion de los griegos, me he tomado la libertad de sustituir en su lugar la persona de Agenor, por dar gusto á los críticos modernos que desean desterrar el coro de la Tragedia.

---

# EDIPO

## REY DE TEBAS.

---

### ACTO PRIMERO.

---

#### ESCENA PRIMERA.

FILOTETES , DIMAS.

DIMAS.

¿Eres tú, Filotetes? ¿Qué desgracia  
Te envió á buscar la muerte á estas regiones  
Infestadas? ¿veniste por ventura  
A provocar la cólera celeste?  
Ningun mortal sus pasos temerarios  
A dirigir se atreve hácia este sitio  
Lleno de saña y celestiales iras,  
Que respiran en el viudez y muerte.  
Largo tiempo ha que Tebas consagrada  
Está al horror , y separada gime  
Del resto de los vivos : huye luego.

609472

FILOTETES.

Conviene á un desgraciado esta morada.  
Deja que cumpla mi cruel destino ;  
Y dime si la cólera del cielo ,  
Que tan barbaramente os aflige ,  
A la Reyna perdona.

DIMAS.

Nuestra Reyna  
Vive , señor ; pero hasta al mismo trono  
Lleva el contagio su fatal veneno.  
Hundiendo en el sepulcro cada instante  
Un fiel sirviente la indomable muerte ,  
Llega por grados á locasta misma.  
Bien que dicen , que el cielo ya cansado  
Y de sangre y de muerte satisfecho ,  
La venganza que tanto nos oprime ,  
Quiere por fin calmar.

FILOTETES.

¡ Ay ! que execrable  
Crimen , ira tan grande ha provocado ?

DIMAS.

Desde que el Rey murió:::

FILOTETES.

¿ Que escucho ? Layo:::

DIMAS.

Cuatro años ha , señor , ya que no existe.

FILOTETES.

¡ Cuatro años que no existe ! ¿ Que me cuentas ?  
 ¡ O ! ¿ Que esperanza en mi renacer siento  
 ! Tan seductora ! ¿ Que ? Iocasta : : : : ¡ O Dioses !  
 ¿ Me seréis mas propicios que hasta ahora ?  
 ¿ Mas podrá Filotetes al fin ser vuestro ?  
 ¡ Cuatro años que no existe ! : : : : ¿ Y su muerte ?

DIMAS.

Desde que el hado por la vez postrera  
 A Boecia guiò tus nobles plantas ,  
 Cuatro años se han cumplido ; y al instante  
 Que dejando el reposo de tu reyno ,  
 Tus pasòs hácia el Asia dirigiste ,  
 De una mano enemiga el golpe fiero.  
 Nos privó de este Rey infortunado.

FILOTETES.

¿ Y es cierto , Dimas , que un vil asesino  
 A vuestro Rey mató ?

DIMAS.

De nuestros males  
 Su muerte ha sido la primera causa ;  
 Y este crimen arrastra hácia la ruina  
 Nuestro imperio. Fasmados con su muerte ,  
 La llorábamos todos noche y dia ,  
 Cuando un mónstruo , instrumento el mas terrible  
 De las iras del cielo , castigando  
 Al inocente , pero no al culpable ;  
 Un espantoso mónstruo estas riberas  
 A talar vino ¿ Do estabas entonces ?

Jove industrioso siempre en la venganza,  
 Su poder agotó para formarle.  
 Nacido entre las rocas montañosas  
 Del Citerón, de humana voz dotado,  
 Muger, águila, Leon, mezcla exacerable  
 De la naturaleza, en daño nuestro  
 Unia con la rabia el artificio.  
 En la espantada Tebas cada instante,  
 Con palabras ambiguas y capciosas  
 Un enigma confuso proponia,  
 Y si mortal alguno socorrernos  
 Osaba, era preciso ver al mónstruo,  
 Y morir si su enigma no entendia,  
 Tubimos que abrazar este partido;  
 Y ofreció Tebas á una voz el cetro.  
 Al dichoso adivino que inspirado  
 Por los augustos Dioses, nos pudiera  
 Descifrar el sentido del enigma.  
 Nuestros sabios y ancianos, seducidos  
 Con la esperanza de una vana ciencia,  
 A la venganza osaron exponerse  
 Del mónstruo incomprensible y sanguinario:  
 Ninguno le entendió, todos murieron;  
 Pero Edipo, heredero del corintio  
 Reyno, jóven audaz, jóven dichoso,  
 Que no conoció el miedo, á estos lugares  
 De espanto llenos fué por la fortuna  
 Conducido: llegó, vió al mónstruo horrible,  
 Entendióle, y fué Rey; y vive y reyna.  
 Mas solo ejerce su funesto imperio  
 Sòbre súbditos tristes que agonizan.  
 ¡ Ay! nosotros creimos; cuán en vano!  
 Que sus manos dichosas, para siempre  
 A su trono atarian los destinos.  
 Hasta los Dioses ya nos parecian  
 Mas favorables; pero murió el mónstruo,



Dejando á Tebas á la fin tranquila ,  
Y la esterilidad sopló al momento  
Hambre y muerte feroz en nuestra costa ;  
Así el cielo por siempre vengativo  
De suplicio en suplicio nos conduce.  
El hambre ya cesó , mas su injusticia.  
Y el contagio , yermando nuestras playas ,  
Destruyen á los pocos que quedaron.  
A tan horrible estado nos reducen  
Los Dioses ; pero á tí , héroe felice ,  
De ellos favorecido ¿quién del seno  
Ha podido arrancarte de la gloria ?  
¿Qué buscas , dime , en este triste sitio ?

FILOTETES.

Vengo á regarle con mi triste lloro  
Vengo á ocultar en él mi sentimiento ,  
Mi profundo dolor que me devora.  
Escucha mi desgracia y las del mundo ,  
¡ Ay ! ya nunca mirar podrán mis ojos  
Al hijo digno de los altos Dioses ,  
Que invencible como ellos , el apoyo  
Del mundo fué. El inocente opreso  
A su Dios tutelar extinto llora :  
Yo lloro por mi amigo , y los mortales  
De su padre comun lloran la muerte.

DIMAS.

¿ Conqué Hércules ha muerto ?

FILOTETES.

Estas mis manos  
Sobre la fatal pira colocaron  
Al mas grande de todos los mortales.

Conmigo traigo las invictas flechas  
 Del hijo augusto del potente Jove ,  
 Presentes caros cuanto son terribles.  
 Tambien traigo conmigo sus cenizas ;  
 Pues quiero alzar sepulcro suntuoso  
 A quien altares erigir debiera.  
 Si él hubiera vivido , si los cielos  
 Al mundo no envidiaran un presente  
 Tan grande , tan sublime; cumpliria  
 Ausente de Iocasta mi destino :  
 Y por mas que en mi pecho renaciera  
 Una antigua pasion , no me verias  
 Sucumbir al amor , abandonado  
 Por seguir á una amante , al gran Alcides.

DIMAS.

Me dolí largo tiempo de ese fuego  
 Tan dulce y poderoso , que en la infancia  
 Nació , y crecia al tiempo que tu mismo.  
 Por su padre obligada al himeneo ,  
 En el trono de Layo colocada  
 A su despecho fué Iocasta un dia.  
 Mas ¡ ay ! que en este enlace tan llorado  
 Nos preparaba mil y mil desgracias  
 En secreto el destino irrevocable.  
 ¡ Cuanto en vos admiré ya desde entonces  
 Esa virtud sublime y ese pecho.  
 Digno del trono , pues vencerse sabe !  
 A ese agitado corazon en vano  
 Habló el amor , que el corazon ha sido  
 El tirano primero que domaste.

FILOTETES.

Para vencer , huir fué necesario :  
 Lo fué , te lo confieso , y algun tiempo

Con mi pasión luché; mas mi flaqueza  
 Conociendo, de sitio tan funesto  
 Fuéme preciso huir, y un vale eterno  
 Contra mi voluntad dar á Iocasta,  
 Entre tanto temblando la ancha tierra  
 Al solo nombre del invicto Alcides,  
 Esperaba su suerte, que pendia  
 De su poder y heroico denuedo.  
 Yo me junté con él, yo tuve parte  
 En sus hazañas que la tierra admira;  
 Yo caminé á su lado, y nuestras sienes  
 Un mismo lauro y eternal ceña.  
 Entonces fué cuando mi alma noble  
 Contra los vicios y pasiones viles  
 Se sintió para siempre asegurada;  
 Que es un favor supremo de los Dioses  
 Disfrutar la amistad de un hombre grande,  
 Mi deber y mi suerte yo leia  
 En sus ojos, y mil y mil virtudes  
 Aprendia viviendo con Alcides.  
 Mi alma endurecida en los trabajos  
 Sensible á la virtud pura guardaba,  
 Y esta sola á seguirle me movia.  
 ¿Y que hubiera yo sido sin Alcides?  
 Hijo solo de un rey, mas héroe nunca:  
 Un principe vulgar, y esclavo acaso  
 De mis pasiones; y con él fui dueño.

DIMAS.

Conque ya en adelante muy tranquilo  
 Podrás ver á Iocasta y á su esposo;  
 Al nuevo esposo que el vacío lecho  
 De Iocasta llenó por su bravura.

FILOTETES.

¿Qué es lo que dices? Un nuevo himeneo:::

DIMAS.

Unió á Iocasta con el fuerte Edipo.

FILOTETES.

¿ Qué feliz es Edipo ! No lo extraño ,  
Que es digno de tal premio el que á su pueblo  
Supo salvar del mónstruo ; el cielo es justo ,

DIMAS.

Verás á Edipo luego en este sitio ,  
Que acompañado del inmenso pueblo ,  
Por el Gran Sacerdote conducido ,  
Del irritado Jove los rigores  
Viene á calmar .

FILOTETES.

Yo estoy enternecido ;  
Yo lloro su desgracia ; Gran Alcides !  
Vela desde el Olimpo luminoso  
Sobre tu triste patria ; oye á un amigo  
Que te ruega por ella , patrocina  
A tus conciudadanos afligidos :  
Sus votos y los míos , dócil oye. *mi*

## ESCENA II.

*El SUMO SACERDOTE , AGENOR al frente del pueblo. Se abre la puerta del templo , y el Sumo Sacerdote aparece en medio del pueblo.*

AGENOR.

Contagiosos espiritus , tiranos  
De nuestro imperio, que soplais la muerte ,

Que en esta ciudad triste respiramos;  
 En daño nuestro redoblad las iras ,  
 Aniquiladnos luego , y los horrores  
 Ahorradnos de una muerte perezosa ,  
 Herid , herid , ó dioses poderosos ;  
 Las víctimas están aquí dispuestas.  
 Montañas , sepultadnos ; caed cielos  
 Sobre nuestras cabezas preparadas ,  
 Imploramos , ó muerte , tu socorro :  
 Vuela , ven á salvarnos , y termina  
 Los dias nuestros de amargura henchidos.

EL SUMO SACERDOTE.

Cesad , calmad las quejas lamentables ,  
 Consuelo triste del mortal cuitado :  
 A un Dios nos humillamos que desea .  
 Probarnos , y con sola su palabra  
 Salvarnos puede , y puede aniquilarnos.  
 Bien sabe él que la muerte nos circunda :  
 Desde el Olimpo escucha á los tebanos  
 Que le imploran sin fin : mas el rey llega ;  
 En nombre del eterno quiero hablarle ,  
 Y descifrarle los destinos duros.  
 Si , que ya llegó el tiempo , y este dia.  
 Del rey la suerte trocará y del pueblo.

ESCENA III.

EDIPO , IOCASTA , *el* SUMO SACERDOTE , EGI-  
 NA , DIMAS , ARASPE , AGENOR , *al frente*  
*del pueblo.*

EDIPO.

¡ O pueblo que en el templo suspirando  
 A nuestros dioses lágrimas ofreces !

Si sobre mí pudiera las venganzas  
 Del cielo hacer caer , presto la muerte ,  
 Dejaría por fin de perseguirnos.  
 Mas un comun desastre nos angustia ;  
 Y en él ¿ qué puede un rey ? ¿ Es mas que un hombre ?  
 Un hombre solo , y nada intentar puede  
 Sino ayudaros á sufrir los males : (*al Sumo Sacer-*  
*dote*)

Y vos , ministro de los dioses fieros  
 Que adoramos en Tebas , respondedme ,  
 ¿ Aun no se dignan escuchar los llantos  
 Que imploran su favor ? ¿ Podrán crueles  
     finar nuestra angustiada vida ?  
     á las súplicas del hombre  
     del hombre ser debian ?

EL SUMO SACERDOTE.

« O y rey : en esta noche  
 « he visto desde el Olimpo escelso ,  
 « vuestros altares : ví que el alma  
 « se eleva entre nosotros del Gran Layo ,  
 « horrible , respirando ira y venganza :  
 « luego escuché esta voz amenazante.  
 « ¿ Porqué , tebanos no vengais la muerte  
 « De Layo vuestro rey ? Entre vosotros  
 « Respira su asesino , y vuestro clima  
 « Infesta con su aliento emponzoñado.  
 « Reconocedle , castigadle presto ,  
 « Pues no hallaréis alivio á vuestros males  
 « Hasta que derrameis su sangre impía.

EDIPO.

Si , tebanos ; sufrir muy justamente  
 El castigo del crimen mas horrendo :

Adorabais á Layo , y sus cenizas  
 Claman venganza , y desois sus ccos.  
 Tal suele ser la suerte no debida  
 De los mejores reyes : mientras viven  
 Se respetan sus leyes ; ensalzada  
 Su paternal virtud es á los cielos ;  
 Los adoran los pueblos como á dioses :  
 Pero luego que mueren , al olvido  
 Condenados se ven ; el mismo incienso  
 Que en los altares arde al sepultarlos ,  
 Un gasto les parece intolerable :  
 Pues como el interés gobierna al hombre ,  
 Olvida la virtud que ya no existe.  
 Por estó al mismo tiempo que vosotros  
 Quereis calmar la cólera celeste ,  
 Contra vosotros de la tumba fria  
 Clama la sangre inulta del rey vuestro.  
 Oigamos su clamor , y en su sepulcro  
 Sacrificado sea su asesino ;  
 Pues mas grata su sangre regicida  
 A sus manes será que un hecatombe.  
 Descubrir procurémos al culpable ,  
 Que asesinar á un rey es imposible  
 Sin que testigos haya del delito.  
 ¿ Y despues de portentos tan atroces  
 No habeis podido descubrir al reo  
 De crimen tal ? Es fama entre la plebe ,  
 Que fué un tebano quien su mano impia  
 Contra su rey alzó , de vuestras manos (*á la Reina*)  
 Yo , Iocasta , que obtuve la corona  
 Dos estios despues que el rey fué muerto ,  
 No quise recordaros hasta ahora ,  
 Para no renovar vuestros dolores ,  
 La causa atroz de tan acerbo llanto ;  
 Y atento solo á los peligros vuestros ,  
 Se entregaba mi mente á otros cuidados.

IOCASTA.

Cuando la suerte , Edipo me guardaba  
 Para ser vuestra esposa , y de repente  
 De Layo me privó : cuando los lindes  
 Recorria mi esposo de su reino ,  
 Y en la tumba le hundió mano asesina ;  
 Forbas solo á su rey acompañaba ,  
 Forbas , era su guia y consejero ,  
 Pues su celo y prudencia viendo Layo ,  
 Con el partia el peso del gobierno.  
 Forbas vió asesinar al rey su amo ;  
 Forbas trajo el cadáver á estos muros ;  
 Forbas herido , ensangrentado , triste ,  
 Suspirando á mis piés , asi me dijo.  
 « Señora , tal me han puesto en el camino.  
 « Hombres desconocidos , y á mi vista  
 « A vuestro real esposo asesinaron.  
 « Yo caí moribundo , pero Jove  
 « Por mi mal fuerzas nuevas dió á mi pecho.  
 No dijo mas , y yo toda turbada  
 Aparté con mis iras de mi lado  
 A la austera verdad : quizá por esto  
 Irritado el Olimpo justamente ,  
 De mi venganza libertó al culpable ;  
 Y así quizá cumpliendo mis destinos  
 Me encontró criminal por castigarnos.  
 Luego la Esfinge desoló mi reino ,  
 Y á evitar su furor solo atendimos ;  
 Que en tal espanto ¿ como se podia  
 Vengar del rey la muerte , cuando todos  
 Esperaban la suya por instantes ?

EDIPO.

¿ Y qué premio al fiel Forbas concediste ?



IOCASTA.

En recompensa de su amor y celo ,  
 Todos en su interior le aborrecian ,  
 Era muy poderoso , y esto solo  
 Bastaba para ser aborrecido.  
 Los grandes , los plebeyos irritados  
 Ardian por vengar , no las injurias ,  
 Si su favor pasado solamente ,  
 Le acusó toda Tebas , pidió á gritos  
 Su muerte , mas no quise ser injusta ;  
 Y no osando al suplicio conducirle ,  
 Ni darle libertad , en un castillo  
 De aqui no lejos le cerré en secreto ,  
 Por libertar su vida de las iras  
 Del pueblo siempre ciego y vengativo.  
 Cuatro inviernos ha ya que aquí cerrado  
 El venerable anciano es triste ejemplo  
 De la amistad funesta de los reyes.  
 Nunca de mí se queja , ni del pueblo ;  
 Y en sola su inocencia confiado ,  
 De ella su libertad tranquilo espera.

EDIPO.

Basta , Reyna : ordena que al momento.  
 Se le abra la prision , que se presente,  
 Que quiero ante vos misma examinarle.  
 El pueblo me rodea , y la venganza  
 De la muerte de Layo ansioso espera.  
 Escuchemos á todos imparciales ,  
 Penetremos las sombras del misterio.  
 Dioses de los Tebanos ! protegednos ,  
 Y puesto conoceis el regicida ;  
 ¡Castigadle vosotros sin tardanza.  
 Oculta , ó sol , tu luminosa frente

Para siempre á sus ojos : de su madre  
Sea la exacracion , y de sus hijos  
El eterno baldon : que viva errante ,  
Proscrito , perseguido de los hombres ;  
Que todos los tormentos del Averno  
Esperimente , y carniceras aves  
Su cuerpo vil devoren en la arena ,  
Sin que nadie se atreva á sepultarle.

EL SUMO SACERDOTE.

Todos nosotros , todos confirmamos  
Los anatemas que tu labio espresa.

EDIPO.

¡ O Dioses ! castigad solo al culpable :  
O si vuestros decretos siempre justos  
Quieren castigue Edipo al regicida ,  
Si por fin os cansais de aborrecernos ,  
Si el crimen cometió un desconocido ,  
Y vengarle quereis , en este solo  
La victima nombrad , y la venganza  
Caiga sobre él , y vuestras iras calmen.  
Vos , regresad al templo , sacerdote :  
Invocad á los Dioses nuevamente  
Hasta que los obliguen vuestros votos  
Á descender entre nosotros luego.  
Si á Layo vuestro Rey ellos amaron ,  
Vengar su muerte les será muy grato ,  
Y dirigiendo mi obcecada mente,  
Señalar al culpable en cuyo pecho  
Debo clavar la vengadora espada.

FIN DEL PRIMER ACTO.

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

IOCASTA , EGINA , ARASPE , AGENOR *al frente del pueblo.*

ARASPE.

Yo el intérprete soy del triste pueblo ,  
Que en su agonía con acordes voces  
Acusa á Filotetes : si , Señora ,  
A Filotetes que á este mismo sitio  
El destino ha traído por salvarnos.

IOCASTA.

¿ Que es lo que escucho ? ¡ Dioses poderosos !

EGINA.

Yo estoy pasmada.

IOCASTA.

¿ Quien ? ¿ él ? ¿ Filotetes ?

ARASPE.

Filotetes , señora ¿ y á cual otro  
Imputarse podría un regicidio ,

Que el mismo á nuestra vista meditaba?  
 Todos saben que á Layo aborrecia,  
 Que su odio vengativo á vuestro esposo  
 Sagaz apenas ocultar podia;  
 Porque la juventud poco prudente  
 No facilmente sus traiciones cubre:  
 Y en la frente se vió de Filotetes  
 El despecho pintado, aunque yo ignoro  
 Que motivo su cólera animaba,  
 Mas luego que del Rey el nombre oia,  
 Lé dominaba la feroz venganza  
 Que no supo ocultar; y amenazarle  
 Osaba en su furor. Partió, y errante  
 Le volvió su destino à estas regiones,  
 Y estuvo en Tebas en aquellos dias  
 Que la llenaron de amargura y luto  
 Con el horrible regicidio. El pueblo  
 Desde el fracaso aquel no sîn motivo  
 Le ha mirado con gran desconfianza.  
 ¿Que digo? Demasiado tiempo inciertas  
 De los Tebanos las sospechas fueron,  
 Entre él y Forbas siempre divididas.  
 Sin embargo, el gran nombre que en la guerra  
 Adquirió, y ese título famoso  
 De vengador del mundo, ese respeto  
 Que por instinto natural tenemos  
 A los héroes, calmó nuestras sospechas  
 Y suspendió la espada vengadora.  
 Mas los tiempos mudaron: los tebanos  
 Olvidarán en este triste dia  
 El dañoso respeto que le tienen.  
 Su gloria en vano mueve nuestros pechos  
 A su favor, cuando irritado Jove  
 Sangre pide, y debemos complacerle.

AGENOR ( *al frente del pueblo.* )

¡ O Reina ! habed piedad de vuestro pueblo  
Que os ama : imitad la alta justicia  
De los Dioses , poned en vuestras manos  
La víctima que piden ; nuestros votos  
Dirigid al olimpo ¿ Qien moverle  
Puede mejor que un corazon virtuoso ?

IOCASTA.

Si á calmar la venganza de los Dioses  
Basta mi vida ; ay me ! viva la patria  
Y yo perezca : si , nobles tebanos ,  
Que en Iocasta encontraréis aun virtudes ,  
Mi sangre recibid ; mi sangre sola  
Se derrame y no mas ; hora marchaos.

*mt.*

## ESCENA II.

IOCASTA , EGINA.

EGINA.

¡ Cuanto os compadezco !

IOCASTA.

¡ Cuanta envidia  
Tengo á los que sus dias terminaron  
En el recinto de estos tristes muros !  
¡ Que horrible situacion ! ! Que gran tormento  
Para un corazon noble y virtuoso !

EGINA.

No lo dudo , fatal es vuestra suerte.  
De un ciego celo el pueblo concitado

La víctima infeliz de sus furores.  
Yo no puedo acusarle , mas si hallárais  
Al asesino en él de vuestro esposo  
¡ Cual fuera vuestro horror !

IOCASTA.

¡ Y aun hay quien ose  
Con tal sospecha mancillar á entrambos ?  
¿ Caben en él crimen , la vileza ?  
Ya no faltaba mas á mi desgracia  
Despues que asesinado fué mi esposo ,  
Que mirar acusado á Filotetes.  
Egina no sospeches de él , no irrites  
Mi cólera ; no puede ser malvado  
El que supo agradarme , es imposible.

EGINA.

Ese amor tan constante:::

IOCASTA.

No lo creas.  
Un amor tan funesto en mi memoria  
No puede vivir ya ; le estinguí , es cierto.  
Mas ¡ ay ! querida Egina ; una alma grande  
De la virtud hermosa dominada  
Por mucho que combata , no , no puede  
Que en nuestros pechos la natura engendra.  
Nunca se estinguen , nunca ; y en el alma  
Tal vez están ocultos los amores  
Que apagados se creen : siempre viven ,  
Cual vivir suele el fuego en las cenizas.  
Ann el alma severa y virtuosa  
Que combate el amor con gran constancia ,  
Resiste á la pasion , mas no la estingue.

EGINA.

Vuestro dolor es justo y virtuoso ,  
Que tales sentimientos:::

IOCASTA.

¡ Ay ! Egina ,  
¡ Cuan desgraciada soy ! tú que conoces  
Mi alma y mi dolor , puedes juzgarlo.  
Dos veces encendí del himeneo  
Las teas tan funestas , y dos veces  
Sufriendo la injusticia de los hados  
Cambié de esclavitud y de suplicio ;  
Que el único de todos los mortales  
De quien mi corazon prendarse pudo ,  
Siempre mi corazon le fué negado.  
¡ O Dioses ! perdonadme este recuerdo  
Tan funesto , y efecto lamentable  
De una pasion en mi alma sofocada.  
De Filotetes , Egina , tú me viste  
Enamorada , y á el por mi muriendo.  
Tú tambien viste nuestro amor desecho  
Al punto que nació : mi Rey me amaba ,  
Y logró , á mi pesar , esta mi mano ,  
Coronando mis sienes la diadema  
Que mil negros cuidados albergaba.  
Me casé , y olvidar fué necesario  
Mis primeros amores y promesas.  
Tu sabes , que á mi esposo ya entregada  
Amarle procuré , que la primera  
Aficion sofoqué , disimulando  
Mi turbacion , y mi dolor cuitoso.  
Me avergonzé yo misma ; bien lo sabes  
De fomentar una pasion oculta.

EGINA.

¿Como pues otra vez del himeneo  
La ciega suerte aventurar osaste?

IOCASTA.

¡ Ay !

EGINA.

Si quereis que diga lo que siento:::

IOCASTA.

Di.

EGINA.

Yo creo que Edipo os agradaba ,  
Y por haber salvado vuestro reino ,  
En recompensa el corazón le disteis ,  
Al parecer sin resistencia alguna.

IOCASTA.

¡ Ah Dioses !

EGINA.

¿ Era Edipo mas hermoso  
Que Layo , ú olvidaste á Filotetes  
En su ausencia , ò bien estos dos amantes  
Vuestra pasión tenían dividida?

IOCASTA.

Talada entoces Tebas por un mónstruo ,  
Mi mano prometí al que le matase ;  
Y el vencedor valiente de la Efige  
Digno era de la mano de Iocasta.



EGINA.

Pero ¿le amabais vos?

IOCASTA.

Sentia al menos

En mi pecho hácia él cierta ternura ;  
 Mas ¡ay! de ser pasion ;cuanto distaba!  
 No era , Egina , aquel fuego turbulento  
 Que mis ojos amantes engendraron ;  
 Aquella llama activa , devorante ,  
 Que solo Filotetes en mi alma  
 Pudo encender , y que en mi amante pecho  
 Esparciendo el veneno , seducia  
 Mi razon , mis sentidos , y mi mente.  
 En mi interior sentia por Edipo  
 Una justa amistad ; es virtuoso ,  
 Y amaba su virtud. Le vi elevado  
 Con placer inefable al alto trono ,  
 Que él supo conservar ; pero no obstante  
 Al seguirle al altar del himeneo ,  
 Sentí tambien , Egina , que mi alma  
 De tales sensaciones era herida ,  
 Que no puedo explicar : aquí temblando ,  
 Y en el lecho por fin de horror cubierta ,  
 Me vi sin Filotetes , pero esclava.  
 Y apenas fué este enlace consumado ,  
 Cuando un portentoso sucedió horroroso.  
 Veia , Egina , en una oscura noche  
 Junto á Edipo y á mí , que los abismos ,  
 Los eternos abismos se entreabrian  
 Bajo de nuestros pies. Ví tambien luego  
 De Layo el alma pálida y sangrienta ,  
 Que en la profundidad amenazando ,  
 Me mostraba mi hijo , aquel mi hijo

Que el formó de su sangre en mis entrañas ;  
Aquel que mi piedad y mi barbarie ,  
Mi injusticia cruel en sacrificio  
Ofreció á nuestros Dioses en secreto.  
Con voces imperiosas me ordenaba  
Que á entrambos los siguiera , y parecia  
Que entrambos me arrastraban al profundo.  
Con aquesta vision tan espantosa  
Mi alma dia y noche atribulada ,  
Esta idea funesta cada instante  
Traia á mi angustiada fantasia ,  
Y el dolor aumentaba de mi pecho  
El no bien olvidado Filotetes.

EGINA.

Ruido escucho , aqui vienen , si , ya llegan.

Iocasta.

El es , yo tiemblo , vamos no he de hablarle.

### ESCENA III.

Iocasta Filotetes.

Filotes.

¿ Huyes Iocasta? escúchame , no temas ;  
Atrévete á mirarme , óyeme y habla.  
No creas que mis lágrimas amantes  
Turben aquí la paz y los placeres  
Que tu feliz enlace proporciona  
A ti , y á tu envidiable y nuevo esposo.  
No esperes , no , de mí reconvenciones  
Injuriosas , ni débiles suspiros

Indignos de Iocasta y Filotetes.

No escucharás de mi coloquios vanos

Que á los amantes ordinarios dictan

La ficcion y molicie : no , Iocasta.

Un corazon que te ama , y::: si te acuerdas

De los nudos que un tiempo disolviste ,

Un corazon al que Iocasta misma

Alguna vez amó , no aprendió de ella

A ser débil jamás en la desgracia.

IOCASTA.

Mios son , mios esos sentimientos :

¿Te los inspiré yo , ó tu á Iocasta ?

¡ Ay ! si yo á ti no pude un tiempo unirme

Debo justificarme ahora de esto.

Mi alma te adoraba , mas el hado ,

El hado inexorable , á mi despecho ,

Siempre dispuso de mi triste suerte.

Sin duda á tus oidos ha llegado

El furor de la esfinge , y de los Dioses ,

Y las calamidades que oprimieron

A los Tebanos , y que en fin Edipo:::

FILOTETES.

Lo sé , sé que es Edipo esposo tuyo ;

Sé que merece serlo ; y aunque es jóven ,

Su virtud , sus hazañas , los tebanos

Libertados por él del fiero mónstruo ,

Y el querer de Iocasta sobre todo ,

A este dichoso príncipe elevaron

Al alto solio del tebano reyno.

! Ah ! ¿porqué la fortuna tan constante

En dañarme , á otros climas apartados

Mi valor imprudente arrebatava ?

Si vencer á la Esfinge era bastante  
Para obtener tu idolatrada mano,  
¿Porque léjos de ti la dura muerte  
Buscando iria yo? No los rodeos,  
No la capciosidad de un ciego enigma  
Hubiera Filotetes interpretado.  
Este brazo, este brazo al que tu vista  
Comunicára vencedores brios;  
Este brazo á triunfar acostumbrado,  
Te hubiera presentado la cabeza  
Del mónstruo. Mas perdí ya la esperanza:  
Ya Iocasta de otro héroe premio ha sido,  
Que de tan grande honor en paz disfruta.

IOCASTA.

¡Ignora Filotetes su desgracia!

FILOTETES.

Perdí á Hércules y á ti; ya nada temo.

IOCASTA.

Pisais un sitio que un Dios vengativo  
Aborrece: la peste asoladora  
Anuncia su venganza, y todo el pueblo  
Paga de Layo el regicidio infausto:  
La justicia celeste nos castiga,  
Porque del Rey la muerte no vengamos:  
Pues inmolado debe ser al punto  
En las aras de Jove el regicida.  
Averiguando están quien es, y el pueblo  
Cual criminal á Filotetes indica.


FILOTETES.

¡Yo, Iocasta! enmudezco: tal injuria  
Mi valor hiela, y á callar me obliga.

¿ Quien ? ¿ Yo tal atentado ? ¿ Yo asesino ?  
¿ Y de Layo ? ¿ Podrá crecerlo Iocasta ?

IOCASTA.

Yo no, no Filotetes te calumnian ,  
Injuriarte seria, si al desprecio  
No condenara tan absurdas voces.  
Yo te conozco , yo te amé , yo te amo  
No puedes ser indigno de Iocasta.  
Desprecia al pueblo á quien los justos Dioses  
A la muerte abandonan , y merece  
Morir , pues piensa mal de Filotetes.  
Pero huye de mí , ya no hay remedio :  
Nuestros amores fueron desgraciados ,  
Pues los Dioses tenian reservada  
Una fortuna para ti mas noble ,  
Y para ellos naciste ; esta es la causa  
Porque el cielo no quiere vive en Tebas  
Un héroe á todo el mundo necesario ;  
Ni que lleve mi amor esa alma grande ,  
Para que su amor no permanezca  
Desconocido al lado de Iocasta.  
El amor tierno y tímido no debe  
Triunfar del digno sucesor de Alcides :  
De su valor los hombres necesitan ,  
Por su socorro el infelice clama ;  
Que los mónstruos renacen desque Alcides  
A la tumba bajó. Si antes perdido  
Estuviste de amor , marcha ya libre ,  
Parte , y en tí que el mundo á Hércules vea.  
Aque llega mi esposo . no me niegas  
Que me ausente , mas no porque Iocasta  
Tema en su turbacion mostrarse débil ,  
Sino por no esponerme en su presencia  
A declarar que te adoré algun tiempo.



ESCENA IV.

EDIPO , FILOTETES , ARASPE.

EDIPO.

# Aquel, Araspe, dime ¿es Filotetes?

FILOTETES.

Si, yo soy; el destino siempre infausto  
Me trajo á tu ciudad, mas nunca el cielo  
Acostumbrarme pudo á que sufriera  
Ninguna afrenta, aunque animado siempre  
Contra mi respiró. Señor, no ignoro  
Conque calumnia intentan los Tebanos  
El brillo mancillar de mis virtudes :  
Mas no esperes que yo me justifique,  
Te amo demasiado, y no, no puedo.  
Pensar que des oído á las calumnias  
Que tan vilmente contra mi conspiran.  
Si ambos seguimos unos mismos pasos,  
Si está mi gloria con la tuya unida,  
Si Hércules, y Teseo, y yo el camino  
De la gloria que amarte te mostramos;  
No deshonres creyendo una calumnia,  
El resplandor brillante de estos nombres  
Que antes del nombre tuyo lustre dieron.  
Conserva con un porte generoso  
El eternal honor que te resulta  
De ser contado entre héroes tan ilustres.

EDIPO.

Ser útil á los hombres, y este Imperio  
Salvar, es el honor á que yo aspiro;  
Y este es todo el honor que me enseñaron  
Los hombres que tu imitas, y yo admiro.

No , no quiero yo un crimen imputarte ,  
 Si la víctima el cielo me dejára  
 Eligir , á mi mismo me eligiera ,  
 Y el altar con mi sangre regaria.  
 La obligacion de un Rey es ofrecerse  
 Víctima por su patria ; honor tan grande  
 Que cederlo á algun otro mengua fuera.  
 Yo muriera salvando á Filotetes ;  
 Yo otra vez á mi pecho salvaria ;  
 Mas ahora ni elegir esto me es dado ;  
 Porque debemos derramar la sangre  
 Del criminal y á ti , por tal te acusan.  
 Piensa , príncipe , piensa en defenderte.  
 Si fuereis inocente , cosa grata  
 En mi palacio me será hospedarte ,  
 Y honrar al héroe digno de ti mismo ;  
 Pues mi felicidad será tratarte ,  
 Cual delincuente no , sino cual héroe.

FILOTETES.

Lo diré ; con la fama de mi nombre  
 A creerme seguro me atrevia  
 De sospecha y temor. Esta mi diestra  
 Que hora osan acusar , libertó el mundo  
 De infames asesinos , cuando el rayo  
 Del alto Jove no los consumia.  
 Hércules con su ejemplo me enseñaba  
 A domarlos : Señor , quien me castiga  
 Léjos está , muy léjos de imitarme.

EDIPO.

No creo que pudieran esas manos  
 A las grandes hazañas consagradas ,  
 Haberse deshonrado con tal crimen.  
 Y si tu acero dió la muerte á Layo  
 Con honor ciertamente la daria ;

Pues tú sin duda alguna le venciste  
Como noble guerrero combatiendo.  
Edipo debe hacerte esta justicia.

FILOTETES.

Á ser verdad ¿ que crimen fuera el mio ?  
Si descender mi espada al grande Layo  
Hubiera hecho á los reyes de la muerte  
¿ Qué otra cosa de aquesto resultára  
Que á mis triunfos añadir un lauro ?  
Un Rey seguramente es en la tierra  
Un Dios á quien sus pueblos idolatran ;  
Mas para Alcides , para Filotetes  
Un Rey solo es un hombre , y ordinario. *(con des-  
precio.*

Debes pensar que he defendido Reyes ,  
Y que pude por tanto combatirlos ,  
Pues que vengarlos no me fué negado.

EDIPO.

Conozco á Filotetes en su orgullo ,  
En su ínclito valor : si , yo no ignoro  
Que son iguales á los Reyes mismos  
Los guerreros cual tú ; pero no obstante ,  
No lo dudes , ó príncipe , la muerte  
Merece el vencedor del grande Layo.  
Su suplicio pondrá fin á los males  
Que afligen nuestro imperio ; y tú:::

FILOTETES.

Es muy falso ;  
Yo no soy su asesino : mi palabra  
Bastarte debe , que si yo lo fuera ,  
De tal hazaña vanidad haria ;  
Y porque te hablo asi debes oirme.



A los hombres comunes , á las almas.  
 Ordinarias está bien defenderse  
 Con medios ordinarios : un guerrero ,  
 Un príncipe cual tú , cual soy yo mismo  
 Creído debe ser por su palabra.  
 ¡ Sospechas soy de Layo el asesino !  
 Edipo á nadie de esto acusar debe  
 Pues su cetro , su esposa , y sus tesoros  
 En paz goza , y el fruto de su muerte.  
 Al menos no soy yo el feliz que ha osado  
 Disfrutar sus despojos y su solio.  
 Nunca lisongeo el trono mis deseos.  
 Alcides mismo siempre desdeñoso  
 Se mostró de ascender á tal altura ;  
 Y yo libre con él , yo sin vasallos ,  
 Sin superior alguno nombré Reyes ,  
 Y nunca quise por mi dicha serlo.  
 Mas defendiéndome mucho me humillo ,  
 Que al justo abaten las escenas viles.

EDIPO.

Aprecio tu virtud , mas no ese orgullo  
 Que ya me ofende. Príncipe juzgado  
 Serás , y si no teme tu inocencia  
 De las severas leyes la justicia ,  
 Mayor será la gloria que consigas.  
 La ley te juzgará.

FILOTETES.

No lo reuso ,  
 Pues conservar mi honor estriva en esto.  
 Sea testigo el cielo que me escucha ,  
 De que no partiré de tu presencia ,  
 Sino despues que hubiese la venganza  
 Borrado las sospechas vergonzosas  
 Que en mi deshounra la calumnia finge.

ESCENA V.

EDIPO, ARASPE.

EDIPO.

Lo confieso, yo mismo me atormento  
De creerle culpable: la constancia  
De un corazon valiente como el suyo  
Abatirse no sabe con ficciones.  
La mentira no puede ciertamente  
Abrigar tan sublimes sentimientos.  
Yo no puedo observar en Filotetes  
Pensamientos infames que degraden.  
Aun te confieso mas: me avergonzaba  
En mi interior al verme precisado  
Á acusar á un guerrero tan ilustre,  
Y me ofendian mis severas voces.  
¡Necesidad cruel, que siempre unida  
Al mando suele estar! ¡O si lós Reyes  
Pudieran penetrar los corazones.  
De los mortales! No, no castigáran  
Tantas veces la cándida inocencia,  
Mas creo yo que sin quererlo, injustos,  
Amigo Araspe, con los hombres somos.  
¡Cuán impaciente estoy de la tardanza  
De Forbas! solo en él, en el confio;  
Pues el Dios irritado no responde,  
Y en su silencio esplica sus enojos.

ARASPE.

Y si podeis por vos saberlo todo,  
¿A que fin deseais que os hable el cielo?  
Señor, los Dioses, cuyo auxilio ofrece  
El Pontífice, no no habitan siempre  
Los templos sacros, que el mortal les alza.

Yo jamás vi sus diestras , de milagros  
 Tan liberales como el mundo cree.  
 No siempre se escuchó la verdad pura  
 Desde esas grutas , trípodés y estatuas ,  
 Que labraron un día nuestras manos.  
 No nos fíemos pues en las palabras  
 De un sacerdote , no ; que muchas veces  
 Está el traidor al pié de los altares ,  
 Y á un sagrado poder nos esclaviza  
 Que hace hablar ó callar á las deidades ,  
 Segun le diera el interés impuro.  
 Presto llamad , examinad atento  
 A Filotetes , á Forbas y á Iocasta.  
 Solo fíemos en nosotros mismos ,  
 Y en lo que vieren nuestros propios ojos.  
 Estos son nuestros trípodés y altares ,  
 Estos nuestros óráculos , y Dioses.

EDIPO.

¿Que ? ¿podria en el templo guarecerse  
 Tanta perfidia , felonía tanta ?  
 Yo lo aseguro , si decide el cielo  
 Nuestra suerte , no mas hombres falaces  
 Guardarán el depósito precioso  
 Do estriva la salud de los tebanos.  
 Yo voy , voy , yo mismo voy , y su silencio  
 Acusaré , por ver si mis instancias  
 Su inclemencia templar acaso pueden.  
 Y tu , si anhelas mi mejor servicio ,  
 Corre , y á Forbas di , que venga presto  
 Que le espera su Rey : en tal apuro  
 Cual es el mio , en situacion tan árdua ,  
 A los hombres , y á Dios preguntar quiero.

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

IOCASTA, EGINA.

IOCASTA.

Espero á Filotetes ; sí , que anhele  
El postrimer á Dios aqui decirle.

EGINA.

Señora , vos sabeis con que insolencia ,  
Con qué furor el pueblo vocifera.  
Amenazado siempre de la muerte ,  
Solo espera salud de su castigo.  
Las mugeres , los niños , los ancianos  
En mil calamidades sumergidos ,  
En hallarle culpable se interesan.  
De aqui escuchais sus gritos sediciosos ,  
Que á nombre piden de los justos Dioses ,  
Ver la sangre correr de Filotetes.  
¿ Podreis vos resistir á la violencia  
Del pueblo en su furor ? podréis acaso  
Declararos ahora en su defensa ?

IOCASTA.

¿ Qué si podre ? Sí todos los tebanos  
Se atrevieran sus manos parricidas  
A ensangrentar en mi ; si de estos muros  
Las ruinas sepultarme amenazaran ,

No negára mi auxilio á la inocencia.  
Mas me detiene un justo miramiento ;  
Y es , que amé á Filotetes con ternura  
Otro tiempo , y sabiéndolo , podrian  
Decirle sacrificio mi diadema ,  
Mis esposos : mis dioses , y mi patria ,  
Y que en mi alma su cariño aun vive.

EGINA.

¡ Ah ! no temais por eso , que yo sola  
De este fatal incendio fué testigo ;  
Y nunca , nunca ::::.

Iocasta.

¿ Qué ? crees acaso  
Que ha podido jamás una princesa  
Tener oculto su odio , ó su ternura ?  
Las miradas de muchos cortesanos  
Sin cesar están fijas en nosotras ;  
Y á pesar del respeto que nos tienen ,  
Solo anhelan hallar debilidades  
En nuestros corazones que penetran.  
Nada , nada se oculta á su malicia.  
Una voz , un suspiro , una mirada  
Nuestro interior descubre ; en contra nuestra  
Hasta el mismo silencio es elocuente.  
Y cuando su artificio vigilante  
Pudo al fin penetrar nuestros secretos ;  
Entonces sus hablillas indiscretas  
Publican nuestros vicios y defectos ,  
Y nuestro deshonor á todos llega.

EGINA.

Pero señora , vos ¿ qué temeis de ellos ?  
Aunque son sus miradas penetrantes ,  
¡ A vos ¿ qué temor pueden infundiros ?

¿ Marchitar puede alguno vuestra gloria ?  
Se sabe vuestro amor ; y esto ¿ qué importa ?  
¿ No se sabe tambien vuestra victoria ?  
¿ No se sabe que fué la virtud siempre  
Las delicias del pecho de Iocasta ?

Iocasta.

Y esta virtud me tiene hoy tan confusa.  
Quizá por ser severa en acusarme ,  
Veo en mí solo vicios y pasiones :  
Y quizá este rigor ::: mas Filotetes ,  
En mi alma reinó ; no no lo niego.  
Su imágen todavia está gravada  
En este corazon tan desgraciado.  
Ni pudo la virtud , ni pudo el tiempo ,  
Su memoria borrar ; mas ¿ que pronunció ?  
Lo sé si la equidad sola me mueve  
A prestarle socorro en su desgracia.  
Me parece muy tierno , muy sensible  
El amor que le tengo : está mi brazo  
Dispuesto á defenderle , y toda tiemblo.  
Yo me avergüenzo en fin de mis bondades  
Y del temor que nuestro por su vida ;  
Y creo que si menos le adorara ,  
Todavía mejor le serviria.

Egina.

Pero ¿ quereis que parta Filotetes !

Iocasta.

Si lo quiero , y es sola su partida  
La única esperanza que me resta.  
Y si el quiere escucharme , si mis ruegos  
Le mueven á piedad , debe al instante  
Para siempre ausentarse de mi vista.  
Que marche , que se aleje de estos muros

Tan funestos para él: salve su fuga  
El honor de Iocasta y su existencia.  
Mas ¿quien le detendrá? querida Egina,  
Ya estar debia aquí: ve, corre, vuela.

## ESCENA II.

IOCASTA, FILOTETES, EGINA.

IOCASTA.

¡ Ah principe ! ¿ aqui estás ? En el espanto.  
Mortal de que mi alma está ocupada  
No puedo menos de anhelar tu vista.  
Huir de ti mi obligacion me ordena,  
Principe, porque debo ya olvidarte  
Mas no serte traidora, ya sin duda  
La desgracia sabrás que te preparan.

FILOTETES.

Un pueblo despreciable tumultuado,  
En su infortunio por mi sangre claman.  
Ya se ve, es infeliz, ser debe injusto;  
Perdonarle debemos su injusticia.

IOCASTA..

No, no te espongas mas á sus furöres:  
Parte, parte de aqui salva tu vida,  
Que quizá este momento es el postrero  
En que librarte puedo de una muerte  
Que nunca mereciste. Parte, y lejos  
De Iocasta, feliz vive mil años,  
Y olvida que soy yo la que te salva.

FILOTETES.

Muestra ; muestra , Iocasta , á Filotetes  
En esta turbacion mayor firmeza ,

Y menos compasion : ama cual yo amo  
 Mas mi honor que mi vida ; manda luego  
 Que muera , pero que huya , no ; no quieras  
 Que mi inocencia por obedecerte ,  
 Aparezca culpable. De los bienes  
 Que en su colera el cielo me ha robado ,  
 Mi honor tan solo en mi dolor me resta.  
 No me arrebatas , no lo que amo tanto :  
 No me mandes huir , que así me hiciera  
 Indigno de Iocasta. Ya bastante  
 He vivido , cumplí ya mi destino ,  
 Infausto á la verdad : á vuestro esposo  
 Le prometí esperar , y aunque es indigna ,  
 Aunque es vil la sospecha que ha formado ,  
 Yo jamás he faltado á mi palabra.

Iocasta.

Oyeme en nombre de los justos dioses ,  
 En nombre del amor con que la triste  
 Iocasta enteramente logró un dia ,  
 Si es que de esta amistad tan alhagúeña  
 Conservas todavia algun recuerdo ;  
 Si te acuerdas aun que prometida  
 A ti Iocasta fué , y tú á Iocasta ,  
 Cuya dicha pendia de la tuya ;  
 Esa vida conserva tan gloriosa ,  
 Esa vida gloriosa á la que unida  
 Siempre estuvo la vida de Iocasta.

Filotes.

A ti la consagré , y toda entera  
 Digna ha de ser de ti , de esa tu gloria ,  
 De tu exeelsa virtud. Vivi apartado.  
 De ti , pero será , será mi suerte  
 Demasiado feliz , si tu cariño  
 Logro llevar hasta la tumba misma.



¿Quién sabe si verá propicio Jove  
Desde su excelso trono el sacrificio  
Qué debe hacerse? ¿Quién sabe si acaso,  
Me trajo su elemencia á estas regiones,  
Para inmolarne á ti? Quizá la Grecia  
Singular me concede el justo cielo  
De conservar tu vida con la mia.  
Quizá una pura victima le agrada,  
Y lo soy yo, pues dignasc aceptarme.

### ESCENA III.

EDIPO, IOCASTA, FILOTETES, EGINA, ARASPE.

EDIPO.

Príncipe, no temais el impetuoso  
Frenesí de ese pueblo, cuyas voces,  
Quieren acelerar vuestro suplicio.  
Ya calmé su tumulto, y mi firmeza  
Emplearé contra él, si es neccsario.  
Os juzgan criminal, mas solo el pueblo.  
Yo que no juzgo como juzga el vulgo,  
Quisiera que aclaradas las sospechas,  
Triunfar vuestra inocencia vieran todos.  
Mi espíritu cercado de mil dudas,  
No puede resolverse á condenaros;  
Mas tampoco á absolveros que decida,  
El alto cielo, cuyo auxilio implóro.  
Ojalá se mitigue, ojalá quiera  
Perdonarnos, y deje de oprimirnos,  
Señalando la víctima al momento  
Por la boca del Sumo Sacerdote.  
Que los dioses que saben mas que el hombre,  
Entre mi pueblo, y vos decidan luego.

## FILOTETES.

Vuestra equidad , señor es inflexible ,  
 Es grande ; pero fué siempre en el mundo  
 Estrema injuria la justicia estrema ;  
 Que el rigor no conviene en todo tiempo.  
 De las leyes que aun príncipe gobiernan ,  
 La primera el honor es reputada.  
 Yo me veo al oprobio condenado  
 De responder á viles delatores ,  
 Que supe confundir. Señor , dignaos ,  
 De no infamaros con tan viles medios :  
 Yo solo soy testigo , y esto basta ;  
 Que basta , basta examinar mi vida.  
 Hércules , firme apoyo de los dioses ,  
 Los mónstruos y los bárbaros tirános ,  
 Que me enseñó á domar , son los testigos ,  
 Que en mi defensa presentáros debo.  
 Preguntad sin embargo á vuestros dioses ;  
 Ellos responderán , si me condenan :  
 Yo sus voces oír no necesito ,  
 Mas consiento pronuncien la sentencia ,  
 No por mí , por piedad que tengo al pueblo.

## ESCENA IV.

EDIPO , IOCASTA , SUMO SACERDOTE , ARAS-  
 PE , FILOTETES , AGENOR *al frente del*  
*pueblo.*

EDIPO

Sacerdote ? ¿suspenden ya los Dioses ,  
 Su venganza y furor , mas apiadados  
 Con los votos de todo aqueste reino ?

¿ Guál fué la mano infame y parricida  
Que los pudo ofender ?

FILOTETES.

Habla ¿ que sangre  
Debemos derramar ?

SUMO SACÉRDOTE.

! Fatal presente  
Del cielo ! O ciencia aborrecible !  
¿ Guán peligrosa á los mortales eres  
Ansioso siempre de saberlo todo !  
Ojalá que el destino riguroso  
Patente ahora á mi con denso velo  
Encubierto á mis ojos estuviera !

FILOTETES-

¿ He ! Dí ¿ qué triste agüero nos anuncias ?

EDIPO.

¿ Serás ministro de un eternal odio ?

FILOTETES.

Nada temais.

EDIPO.

¿ Anuncian que yo muera  
Los dioses ?

SUMO SACERDOTE.

Si creéis en mis palabras ,  
Nada me preguntéis.

EDIPO.

Sea cual fuere  
El destino que el cielo nos anuncia ,  
En él se cifra la salud de Tebas.

FILOTETES.

Habla.

EDIPO.

Pero de tantos desgraciados  
Ten compasion tambien ; piensa que Edipo ::

SUMO SACERDOTE,

Edipo es digno de piedad mas que ellos.

AGENOR.

Edipo ama á su pueblo cual un padre :  
A sus voces juntamos nuestras quejas.  
Vos sacerdote con quien habla el cielo  
Oid nuestros clamores: perecemos ,  
Salvadnos , alejad esos furores ,  
Nombrad al asesino , al reo , al mónstruo ;  
*El pueblo.* — Bañense nuestros brazos en su sangre.

SUMO SACERDOTE.

¿ Qué pronunciais ó pueblo desgraciado ?

*El pueblo.* — Que hableis , que muera y nos salveis  
á todos.

SUMO SACERDOTE.

Al punto que sepais el crucl destino  
Que le persigue , horrorizados todos ,  
Quedaréis , en nombrando yo al culpable.  
El Dios que por mi boea os habla , quiere  
Que por castigo desterrado sea ;  
Mas él por culpa tal desesperado ,  
Contra si mismo ejercerá sus iras.  
Temblareis , temblareis de su suplicio ,  
Que vuestra vida vengará á bucn precio.

EDIPO.

Habla , obedece , di ¿ qué te resistes ?

SUMO SACERDOTE.

¿ Vos me obligais , Edipo , á que pronuncie ?

EDIPO.

Si , tu tardanza mi furor enciende.

SUMO SACERDOTE.

¿ Lo queréis ? está bien ::: el asesino :::

EDIPO.

Acaba ya ¿ quién es ?

SUMO SACERDOTE.

El mismo Edipo.

EDIPO.

¿ Yo ?

SUMO SACERDOTE.

Si , vos sois ; ó principe infelice !

AGENOR.

¿ Qué es lo que escucho ? ¡ Dioses !

IOCASTA.

¡ Sacerdote !

Organo de los dioses ¿ qué pronuncias ? (*a Edipo*).

¿ Quién ? ¿ vos el asesino de mi esposo ?

Vos á quien su corona con mi mano ,

Entregue ? No es verdad ; yo no lo creo.

El Sumo Sacerdote nos engaña ,

Vuestra virtud la acusacion desmiente.

AGENOR.

¡ O cielo de quien pende nuestra suerte !  
Húndenos ahora mismo en el sepulcro ,  
O señala otra victima al momento.

FILOTETES.

No esperes que yo vengue las ofensas ,  
Que recibí de ti ; que aprovecharme ,  
No quiero de la nueva desventura ,  
Conque al presente consternado gimes.  
Que digan lo que quieran las deidades :  
Yo te creo inocente , yo te hago  
La justicia que exigen tus virtudes ,  
Y que tú , y este pueblo me negasteis.  
Si á humillar á tus fieros enemigos ,  
Mi brazo necesitas , te le ofrezco ;  
Que entre un rey y un pontífice no dudo  
Que partido tomar. Un sacerdote ,  
Sea el que fuere , y aunque Dios le inspire ,  
Por su rey debe orar , mas no injuriarte.

EDIPO.

¡ Qué sublime virtud ! mas que horror siento !  
Este habla cual Dios ; el otro miente ,  
Como impostor é infame sacerdote. (*al Sumo Sa-  
cerdote*).

Mira ahora cual es el privilegio ,  
Del altar : tus sacrílegas palabras  
Abusan del comercio de los dioses ,  
Y acusan á tu rey con insolencia ,  
Del mas horrendo y execrable crimen.  
¡ O de la impunidad amargo fruto !  
¿ Y aun creerás que yo debo en mis furores  
Respetar el sagrado ministerio ,  
Qué deshonoras así ? ¡ Traidor ! debía

Al pié de los altares inmolar te ,  
En la misma presencia de los dioses ,  
Que tu hipócrita voz mentir ha hecho.

SUMO SACERDOTE.

Está en vuestro poder : vos sois el dueño ,  
De mi vida : podeis estos instantes  
Aprovechar , pues hoy sin duda alguna ,  
Será vuestra sentencia pronunciada ,  
Temblad ; rey desgraciado ! Vuestro reino ,  
Pasó : ya la venganza de los dioses  
Sobre vuestra cabeza ha suspendido  
La espada que á inmolaros se prepara.  
Vos mismo horrorizado estareis presto ,  
De los crímenes vuestros ; fugitivo  
Del trono que ocupasteis , y privado  
De los sagrados fuegos y del agua ,  
Haciendo resonar con alaridos  
Las cuevas solitarias , la venganza ,  
Sentiréis por doquier de un Dios terrible.  
La muerte invocareis , y huirá la muerte ,  
Lejos de vos : terrores y tinieblas  
Os presentará el cielo en su venganza ,  
De los crímenes vuestros irritado.  
Formado á la maldad y á los horrores ,  
Por el ciego destino ; cuan felice  
Seriais si jamas fuerais nacido !

EDIPO.

Hasta aquí he reprimido mis furores ,  
Para escucharte. Si tu sangre infame ,  
Derramar me dignara , evitaria  
Que se cumpliera tu falaz anuncio ,  
Y en tu justo suplicio me holgaria.  
Huye , huye traidor , y no fomentes ,  
La cólera funesta que me inflama.

Teme de mi furor que tanto irritas,  
Con tu presencia: autor abominable,  
De una indigna mentira, marcha luego.

SUMO SACERDOTE.


Siempre traidor, siempre impostor me llamas;  
Mas sincero tu padre me creía.

EDIPO.

Calla ¿qué dices? ¿quién? mi padre acaso  
Polibio :::

SUMO SACERDOTE.

Vuestra suerte desgraciada,  
Ya tardais á saber: en este dia,  
Vuestro origen sabreis y vuestra muerte.  
Vuestro destino se cumplió ¡infelice!  
¿No sabeis de que sangre habeis nacido?  
Cercado de maldades, reservadas  
A solo vos, ni aun penetrar pudisteis,  
Con quien vivir ¡O Focide! ¡O Cotinto!  
¡O execrable himeno! Ya, ya nace,  
Una raza infeliz, impia, digna  
De tal union, y que la tierra toda,  
Llenará en su furor de horror y espanto.  
Huyamos de este sitio.



ESCENA V.

EDIPO, FILOTETES, IOCASTA.

EDIPO.

Esta postreras  
Palabras me amedrentan, me han helado,  
Yo nó sé donde estoy: hasta mis iras  
Han calmado: parece que un Dios mismo,



Dueño de mi furor , ha encadenado  
Mi cólcra , y prestado al sacerdote  
Una fuerza divina y voz terrible ,  
Que cercana mi muerte vaticina.

FILOTETES.

Si reycs solamente amenazáran ,  
A tu sagrada vida , Filotetes  
A tu lado leal combatiria :  
Pero aqui un sacerdote es tan terrible ,  
Que tu mismo quedaste amedrentado ,  
De su tremenda voz , y de su ciencia.  
Que del cielo penetra los arcanos.  
Fundado en los oráculos falaces .  
Es á los soberanos muchas veces  
Terrible en su altivez el sacerdocio.  
Y el pueblo ciego en su creencia vana ,  
Débil adorador de sus misterios ,  
Hollando por piedad lo mas sagrado  
De las leyes , honrar cree á los dioses ,  
Siendo traidor á sus mejores reyes :  
O mucho mas si el interés que engendra ,  
El desenfreno , con su celo impio ,  
Enardece la perfida insolencia.

EDIPO.

¡ Príncipe ! ¡ cómo aumenta mis dolores ,  
Esa virtud ! Igual á mis desgracias  
De tu alma sublime es la grandeza.  
Un cuidado cruel me roc el alma ;  
Y cuanto mas á él alivio busco ,  
Con tanto mas ahinco me atormenta.  
¿ Qué voz quejosa siento en lo profundo ,  
De mi cuñado corazon ? ¿ qué crimen ,  
He cometido yo ? ¿ Dios vengativo !  
¿ Es ilusion ? ¿ es sueño lo que siento ?

IOCASTA.

Edipo , basta de esto ; no , no hablemos  
De crimen : una victima demanda ,  
El pueblo en su furor ; es necesario ,  
El estado salvar , no mas tardemos.  
Yo , yo debo espirar ; yo que de Layo ,  
Soy la esposa : yo debo en la ribera ,  
De la estigia infernal buscar la sombra ,  
Errante y triste de mi antiguo esposo.  
Yo apaciguar los gritos lamentables ,  
De sus manes : yo iré :: puedan los dioses ,  
Con esto satisfechos , otra muerte ,  
No demandar , mi sangre derramada.  
Pueda evitar que corra la de Edipo.

EDIPO.

¿ Tú morir ? ¿ tú Iocasta ? ¿ qué ? ¿ no bastan  
Para matarme los horribles males ,  
Que las deidades sobre mí amontonan ?  
Cese ya , reina , cese tal language.  
Demasiado terrible es ya la suerte ,  
De tu esposo infeliz : no mas desgracias ,  
Sobre mi carguen , no ; no con la muerte  
Aumentes el dolor que me devora.  
Sigüeme , ven : es menester que aclare ,  
Una justa sospecha que concibo ,  
Ven ven.

IOCASTA.

¿ Y qué ? ¿ podría Edipo mismo :::

EDIPO.

Sigüeme , reina ; á disipar te llamo ,  
Mi desesperacion ó á completarla.

FIN DEL ACTO TERCERO.

## AGTO CUARTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

EDIPO, IOCASTA.

EDIPO.

Aunque estás agitada , esposa mia ,  
No lo cstoy menos yo , que combatido ,  
Me veo de sospechas roedoras.  
El Sumo Sacerdote me amedrenta ,  
Y dispuesto á escusarle , ya comienzo ,  
A increparme á mi mismo ínteriormente ,  
A mi conciencia consulté en secreto ,  
Lo que el me ha dicho , del horror cercado ;  
Y mil sucesos , aunque muy confusos  
De tropel á mi mente se ofrecieron.  
Lo pasado me hiela , y lo presente  
Me abate , me confunde : yo preveo ,  
Que me espera una suerte desastrada ,  
Pues parece que el crimen me persigue.

IOCASTA.

¿Y qué? tu virtud misma no te alienta?  
¿Tu inocencia no calma tus temores?

EDIPO.

Somos alguna vez mas criminales ,  
De lo que imaginamos.

IOCASTA.

No , no creas ,  
Del sacerdote el indiscreto anuncio ,  
Por los vanos terrores que te acusa.

EDIPO.

Dime por el gran Layo , y por las iras ,  
Del cielo vengador : cuando aquel viage ,  
Funesto emprendió el rey ¿ llevaba acaso  
Guardias y tropas que le acompañaran ?

IOCASTA.

Te lo dije otra vez , un hombre solo  
Le seguia.

EDIPO.

¿ Uno solo ?

IOCASTA.

Si , porque era  
Mayor su corazon que su fortuna ,  
Y odiaba como tu la vana pompa .  
Jamás se vió marchar ante su carro  
Escoltándole un cuerpo numeroso ,  
De soldados : fiado en sus virtudes ,  
El amor de su pueblo le guardaba ;  
Y como sin temor siempre vivia ,  
Siempre viajar solia sin defensa.

EDIPO.

¡ O héroe al mundo por el cielo dado ,  
De verdaderos reyes claro ejemplo !  
¿ Descargó sobre ti bárbaro Edipo ?  
Píntame al menos, reina, al desgraciado.

IOCASTA.

Lo haré , ya que quisiste á la memoria ,  
 Un recuerdo traerme que me angustia.  
 A pesar de los años heladores ,  
 Aun en su varonil vejez brillaban ,  
 Sus ojos con los fuegos juveniles.  
 Sus caballos ya blancos enebrian  
 Algunas cicatrices en su frente ,  
 Que el respeto de todos le grangeaban :  
 Y si he de hablar , Edipo , lo que siento ,  
 Layo bastante á tí se parecia :  
 De suerte que yo misma me alegraba ,  
 De hallar en tí á par de las virtudes ,  
 Las facciones y el rostro de mi esposo.  
 ¿Qué te asusta ? ¿ Hay algo en mis palabras  
 Que sorprenderte pueda ?

EDIPO.

Yo preveo  
 Desgracias ¡ ay ! qué á comprender no alcanzo.  
 Yo temo que inspirado el sacerdote ,  
 Por los dioses penetra los horrores ,  
 De la suerte espantosa que me espera.  
 ¿ Será posible que haya asesinado  
 Yo ::: ? ¡ dioses !

IOCASTA.

¿ Qué ? ¡ Será , será infalible ,  
 Ese órgano del cielo ! A los altares  
 Le acerea un ministerio muy sagrado ,  
 Pero por mas que esté unido á los dioses ,  
 El es mortal , es débil , es falible ,  
 ¿ Qué ? ¿ puedes tú creer que á sus preguntas  
 Le manifiesta el vuelo de las aves ,  
 La verdad á su arbitrio ? ¿ qué los toros

Cayendo al golpe del sagrado acero ,  
Descubren lo futuro á sus miradas ?  
Y que ornadas las víctimas de flores ,  
Por su mano enlazadas , los destinos ,  
De los mortales en su entraña encierran ?  
No , no : quien busca la verdad obscura ,  
En estas ceremonias , á los dioses ,  
Usurpa los derechos mas sagrados.  
No son no , lo que piensa el vano pueblo ,  
Los sacerdotes nuestros ; y su ciencia  
En la ignorancia nuestra solo estriya .

EDIPO.

¡ Oh dioses ! Si verdad todo esto fuera ,  
¡Cuál seria mi dicha !

IOCASTA.

Demasiado ,  
Demasiado es verdad , creeme Edipo ,  
Creeme en mi dolor. Tambien yo un dia ,  
Creí preocupada sus misterios :  
Desengañada en fin por mis desgracias  
Estoy ; y el cielo justo me castiga ,  
De haber creído la mentira obscura  
De un impostor y falso sacerdote ,  
Pues mi hijo perdí ; cuánto aborrezco  
Los oráculos ya ! Sí no existieran ,  
Aun viviria mi adorado hijo.

EDIPO.

¡ Tú hijo ! Dime ¿ cómo le perdiste ?  
¿ Qué oraculo te ha sido tan contrario ?

IOCASTA.

Escucha , escucha en tan terrible crisis ,  
Lo que saber yo misma no quisiera ,

Y un oráculo falso no os aflija.  
 Ya me oiste decir , que tuve un hijo,  
 De Layo : mi ternura siempre inquieta  
 Sobre su suerte , consultó á los dioses ,  
 Por medio de la pitia tan nombrada.  
 Mas ¡ ay ! ¡ qué locura es querer los hombres  
 Penetrar los secretos que los hados  
 Por piedad ocultarnos han querido !  
 Pero en fin , yo muger , yo madre débil :  
 A los pies de la pitia prosternada ,  
 La pregunté llorosa ; y oye atento ,  
 ( ¡ Oh como la conservo ! ) su respuesta.  
 Disimula si tiemblo al relatarla.  
 « Tu sacrílego hijo , de su padre  
 « Asesino será ; será incestuoso  
 « Y parricida á un tiempo » ¿ acabo... ó Dioses ?

EDIPO.

Sigue Iocasta:::

IOCASTA.

En fin los Dioses fieros  
 Vaticinaron que mi propio hijo  
 En mi lecho entraria como un mónstruo ;  
 Que le recibiria yo gozosa  
 En mis brazos , y en ellos el disgusto  
 Depondria de haber muerto á su padre :  
 Y que en fin , por aquesta union horrenda ,  
 Hijos daria á mi hijo desgraciado.  
 ¿ Te turbas con historia tan funestá ?  
 ¿ Temes oirme y escucharla toda ?

EDIPO.

¡ Ah Iocasta ! Acaba , di ¿ que hiciste  
 De ese hijo tan odiado de los Dioses ?

IOCASTA.

Los creí por mi mal : cruel y dura  
 Fuí por piedad , y sofoqué el cariño  
 Que á sus hijos les debe toda madre.  
 En vano del amor la voz sublime  
 Resistia á los Dioses , condenando  
 Sus bárbaros anuncios : fué preciso  
 Del rigor de los hados libertarle  
 Que al crimen le arrastraban ; y creyendo  
 Triunfar de los horrores de su sueño ,  
 Dispuse por piedad que le mataran.  
 ¡ O piedad criminal y desastrosa !  
 ¡ O falsos vaticinios de los Dioses !  
 ? Que fruto me produjo mi cuidado ,  
 Mi bárbara piedad ? Murió mi esposo  
 En medio de su suerte venturosa ,  
 Y el hilo de su vida un estrangero  
 Cortó , sin que su hijo hiciera falta.  
 Perdí pues á mi hijo , y no he salvado  
 A mi esposo infeliz ; Ah ! que este ejemplo  
 Pueda instruirte ; lanza esos terrores  
 Que inspirarte procura el Sacerdote ,  
 Y aprende de mi error á estar tranquilo.

EDIPO.

Ya que me confiaste un gran secreto ,  
 Justo es que yo tambien agradecido  
 Mis terribles destinos te confie.  
 Quizás cuando sabrás por mis palabras  
 La grande semejanza que en mi suerte ,  
 Y en la tuya se encuentra , mil temores  
 Te harán temblar á tí , como yo tiemblo.  
 Para ocupar el trono de Corinto  
 La suerte me crió , pero apartado  
 De Corinto y del trono , de horror lleno



El sitio veo donde fuí nacido.

Un dia , horrible dia que en mi mente

Siempre fijo estará , ( mi alma hiela ,

La llena de terror : ) la vez primera

Que mis jóvenes manos en las aras

Un presente magnífico ofrecian ,

De repente las bóvedas del templo

Se abrieron y de sangre las estatuas

Se cubren , sus miradas horrorosas

De las aras temblando me apartaron.

Una mano invisible repelia

Mis dones , y los vientos entre truenos ,

Esta espantosa voz oír me hicieron.

« No vengas á manchar mas la pureza

« De los lugares santos ; que los Dioses

« Del número te apartan de los vivos ,

« Y recibir no quieren tus ofrendas.

« Llévalas de las furias á las aras :

« Invoca á sus serpientes que ya prestas

« Están á atormentarte : esas deidades

« Son las que debes implorar impío ,

En tanto que mi alma poseida

Del espantó quedó , esta amenaza

Representaba ( ¿ lo creerás esposa ? )

A mi mente infeliz toda esta mezcla

De atentados horribles , exacrables ,

Con que amenazó el cielo á tu hijo mismo.

Si , me hacia creer que yo seria

El asesino de mi mismo padre.

IOCASTA.

¡ Ah Dioses !

EDIPO.

Y tambien que de mi madre

Profanaria el lecho.

IOCASTA.

¿ Donde me hallo ?  
 ¿ Que espíritu infernal , amado Edipo ,  
 Nuestros tristes espíritus uniendo ,  
 En nosotros juntó tantos horrores ?

EDIPO.

No es tiempo aun de llorar , otros motivos  
 De llanto escucharás , Iocasta luego :  
 Oyeme y temblarás. Fué necesario  
 De mi patria ausentarme ; pues temia  
 Que criminal mi mano á mi despecho ,  
 Algun dia cumpliera los destinos  
 Que ya desde la cuna me persiguen.  
 Aborrecido siendo de mí mismo ,  
 No se atrevió á luchar contra los Dioses  
 Mi virtud ; y esquivando los abrazos  
 De mi desconsolada y triste madre ,  
 Partí , anduve errante por el mundo ,  
 Ocultando mi nombre y nacimiento :  
 Solo me acompañaba un fiel amigo.  
 En este fatal viage muchas veces  
 Diome valor el Dios que me guiaba ,  
 Y me libró de varias aventuras.  
 ¡ Feliz de mi , si en una pereciera !  
 Y con una gloriosa y noble muerte  
 Podido hubiera desmentir mi hado.  
 Mas me cousevó el hado al parricidio  
 Sin duda alguna ; y comprender no puedo  
 Porque especie de encanto hasta el presente  
 Olvidé este suceso extraordinario.  
 La venganza celeste largo tiempo  
 Pendiente sobre mí , por fin desgarró  
 El velo denso que cubrió mis ojos.  
 En un camino estrecho encontré un dia

Sobre un carro magnífico tirado  
 De dos caballos, dos nobles guerreros.  
 Del paso disputar osé atrevido  
 El vano honor, la frívola ventaja.  
 Yo era jóven, soberbio, y educado  
 En un rango, do nace con la sangre  
 Siempre el orgullo y la jactancia vana.  
 En estraña region, desconocido,  
 Creí no obstante hallarme junto al trono  
 De mi padre, y los hombres que veía  
 Todos me parecían mis vasallos,  
 Y que para acatarme eran nacidos.  
 Contra ellos pues camino, y con mi mano  
 De los caballos espumosos tomo  
 Las riendas fiero, respirando muerte.  
 Pero luego del carro los guerreros  
 Saltan, y me acometen, y mil golpes  
 Me repiten furiosos. La victoria  
 Entre nosotros no estuvo dudosa.  
 ¡Potente Jove! Yo no sé si es odio,  
 Yo no sé si es favor, pero sin duda,  
 Vos por mí contra ellos combatisteis,  
 Y entrambos á mis pies al fin cayeron.  
 El uno, bien me acuerdo, con los años,  
 Helado, y en en el polvo moribundo,  
 Mirándome el semblante, me alargaba  
 Sus tiernos brazos, y queria hablarme.  
 Yo vi que de sus ojos moribundos  
 Las lágrimas corrian, yo al mirarle,  
 Aunque era vencedor, sentí que mi alma:::  
 ¿Porque tiembas Iocasta?

Iocasta.

¡ Ay de mi ! Forbas  
 Viene, mírale.

EDIPO.

¡ O Dios ! pronto aclaradas  
Serán todas mis dudas y temores.

ESCENA II.

EDIPO , IOCASTA , FORBAS , *acompañamiento.*

EDIPO.

Llega , anciano infeliz : aquí te acerca.  
Su vista renacer hace en mi alma  
Aun mayor turbacion , una memoria  
Confusa me horroriza nuevamente.  
Tiemblo de verle , temo preguntarle.

FORBAS.

¿ Que ? ¿ Llegó el dia ya de mi suplicio ?  
Reina ¿ habeis ordenado que perezca ?  
Jamás sino es conmigo injusta fuisteis.

IOCASTA.

Respóndele á tu Rey ; ánimo Forbas.

FORBAS.

¿ A mi Rey ?

IOCASTA.

Si , que ante él estás presente.

FORBAS.

¡ Dioses ! Layo murió , y vos mi amo :::  
¿ Vos sois Señor ?

EDIPO.

Omite , omite Forbas ,  
Las palabras supérfluas : tu tú solo  
De la muerte de Layo eres testigo.  
Tu dicen , que queriendo defenderle ,  
Fuiste herido tambien.

FORBAS.

Señor , si Layo  
Muriò , dejad en paz à sus cenizas ,  
Y no insulteis la suerte desgraciada  
De su vasallo fiel por vos herido.

EDIPO.

¿ Quién ? ¿ Yo te herí ? ¿ Fuí yo ?

FORBAS.

Saciad el odio ,  
Arrancadme esta vida que aborrezco :  
Derranté vuestra espada esta mi sangre ,  
Que antes por un error no derramasteis.  
Y puesto conservais en la memoria  
Aquella senda tan fatal , do Layo:::

EDIPO.

No sigas , desgraciado : ya lo veo :  
Yo lo hice : ya basta ; Dioses justos !  
En fin al cabo ya de cuatro inviernos  
Haceis que mi atentado reconozca.

Iocasta.

¡ Ay Dios ! ¡ Conque es verdad !

EDIPO.

¿ Y que ? ¿ tú eres  
A quien en Daulis atacó mi espada

En aquel paso estrecho ? Si tú eres :  
Vanamente pretendo alucinarme :  
Todo habla contra mí , todo me acusa ;  
Y aun el desconocerte me es negado  
En esta turbacion.

FORBAS.

Yo vi al gran Layo  
A los golpes morir de vuestra espada,  
El crimen vuestro fué , mas la sospecha  
Sobre mi recayó : y vos el reino  
Ocupasteis , y yo duras prisiones.

EDIPO.

Vete , que presto llegará la hora  
En que yo mismo me haga la justicia.  
Vete , y al menos déjame el cuidado  
De preparar yo mismo mi suplicio  
Déjame , y de la afrenta dolorosa  
Librame de mirar á un inocente  
A quien yo sumergí en la desgracia

### ESCENA III.

EDIPO , IOCASTA.

EDIPO.

Iocasta::: porque ya mi desventura.  
Me prohíbe que os de el nombre de esposa ;  
Mis atentados veis , y me veis libre  
De vuestra fé : heridme en fin , libraos  
Del horror de vivir á Edipo unida.

IOCASTA.

¡ Ay !

EDIPO.

Tomad esa espada , ese instrumento  
De mi furor , usadla en este dia  
Mas justamente vos en mis entrañas.  
Hundidla.

IOCASTA.

¿ Que intentais? No , deteneos.  
Vivid , templad ese dolor insano.

EDIPO.

¿ Que cariño por mí os interesa ?  
No , yo debo morir.

IOCASTA.

Vivid , yo quiero;  
Mis súplicas oid.

EDIPO.

Nada ya escueho :  
Yo soy de vuestro esposo el asesino.

IOCASTA.

Pero mi esposo , Edipo lo es ahora.

EDIPO.

Mas lo soy por un crimen.

IOCASTA.

De ignorancia.

EDIPO.

Al fin le cometí , y esto me basta.

IOCASTA.

¡ O cúmulo de males !

EDIPO.

¡ O himeneo  
Funesto ! ¡ O dulce amor en otro tiempo !

IOCASTA.

El vive todavia ; sois mi esposo.

EDIPO.

Ya no lo soy , ya no ; pues para siempre  
Rompió mi mano injusta y parricida.  
El nudo sacrosanto de himeneo.  
De la desgracia que feroz me sigue  
Vuestros climas llené : temed á Edipo ,  
Temed tambien al Dios que le persigue.  
Mi tímida virtud á confundirme  
Solo me sirve , solo : en adelante  
Ni de mi mismo puedo ya ser dueño.  
Quizá me obligará injusto el hado  
A hacer que á vos tambien , Iocasta , alcance  
El horror de mi bárbaro destino.  
Haced piedad almenos de mil otras  
Víctimas : no temais : heridme ; acaso  
Podreis asi mas crimines ahorrarme.

IOCASTA.

No acuseis de tan bárbaro el destino :  
Vos no sois criminal , si desgraciado ;  
Que en el fatal combate que tuvisteis  
En Daulis , ignorabais de quien era  
La sangre que vertia vuestra espada.  
Y omitiendo memoria tan horrible ,  
Puedo quejarme si ; no castigaros.  
Vivid.

EDIPO.

¿ Yo ? ¿ que yo viva ? No , yo debo  
Huir léjos de vos : mas ¡ ay ! ¿ á donde



Arrastraré mi vida congojosa ?  
¿ A que costa fatal , á cuales climas  
Iré a ocultar los tétricos horrores  
Que me persiguen por do quier camine ?  
¿ Iré otra vez errante y de mi mismo  
Huyendo , por buscar otra diadema ,  
A costa de otro nuevo asesinato ?  
¿ Iré á Corinto dó el destino triste  
Quizá reserva crímenes mayores  
A mi mano ? ; Corinto ! que mis plantas  
Jamás huellen tu playa detestable.

### ESCENA IV.

EDIPO , IOCASTA , DIMAS.

DIMAS.

Señor , en este instante un extranjero  
Acaba de llegar. Es de Corinto ,  
Segun ha declarado , y veros quiere.

EDIPO.

Me voy á recibirle en el momento. (*á Iocasta*)  
A Dios ; cese ya , cese vuestro llanto :  
Ya no veréis al desgraciado Edipo.  
Acabó ya , reyné : ni vos esposo  
Teneis , ni soy ya Rey , ni esposo vuestro.  
Parto , voy á buscar en mis furores  
Otros paises do mi mano pueda  
No ser tan criminal ; do sin Estados  
Mas como Rey , viviendo de vos léjos ,  
El llanto justifique que Iocasta  
Derrame por Edipo infortunado.

FIN DEL CUARTO ACTO.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

EDIPO, ARASPE, DIMAS.

EDIPO.

Finad esos recuerdos : ese llanto  
Refrenad , no lloreis por mi destierro  
Que tanto me consuela. Con mi ausencia  
Vuestras desgracias hallarán alivio ,  
Y salvaréis la vida del contagio ,  
Perdiendo á vuestro Rey. Llegó el instante  
De asegurar la suerte de este pueblo.  
El imperio salvé , subiendo al trono ;  
Desendiendo , otra vez quiero salvarle.  
Me seguirá mi gloria en la desgracia ,  
Pues mi voluntad siempre fué salvaros.  
Abandono mis hijos y mi esposa ,  
Y mi patria también. Tan solo pido  
Me deis oídos por la vez postrera ;  
Y pues que Tebas un Rey necesita ,  
Mis consejos oigais para elegirle.  
Filotetes es prudente , es virtuoso ,  
Guerrero , descendiente de un Monarca ,  
Y gozó la amistad del gran Alcides :  
Parta yo pues y reine Filotetes.  
Marchad , decid á Forbas que sin miedo  
Se presente ante mi , quiero darle  
Alguna muestra de mi fiel cariño ,

Y abandonar despues como Monarca  
Mis súbditos y el trono. Ese estrangero  
Que llegue, y esperad, que quiero oirle.

## ESCENA II.

EDIPO, ARASPE, ICARO.

EDIPO.

¿Icaro ! Eres tú el que yo veo ?  
Tú de mi infancia fiel depositario ,  
De mi padre Polibio tierno amigo ?  
Que novedad te trajo á nuestros climas ?

ICARO.

Señor , Polibio ha muerto.

EDIPO.

¿ Qué me dices ?  
Conqué ha muerto mi padre ?

ICARO.

Es inútil

Ya su muerte esperar : en el sepulcro ,  
Le han hundido los años : su carrera ,  
Terminó , y ha espirado ante mis ojos.

EDIPO.

¿ Do estais ahora , oráculos falaces ,  
Que mi débil virtud temblar hacias ,  
Con el horror de un triste parricidio ?  
Ya mi padre murió , y á pesar vuestro ,  
No he manchado mis manos hasta ahora ,  
En su sangre. Fui esclavo voluntario ,  
De mi error , y ocupado en libertarme

De un mal imaginario , abandonaba ,  
Mi vida á las desgracias mas inciertas :  
Y era yo mismo quien mis tristes hados ,  
Me forjaba por ser crédulo y necio.  
¡ O cielo ! ¡ Qué colmada es mi miseria  
Si necesito que mi padre expire ;  
Y encontrando en su pérdida una dicha ,  
Que aborrezco , la muerte de mi padre  
Es un favor que me dispensa el hado ;  
Vamos , que partir debo , y el tributo  
Pagarle que es debido á sus cenizas.  
Partamos : ¿ qué ? ¿ no hablas ? ¿ se humedecen ,  
Tus megillas ? ¿ qué indica ese silencio ?

ICARO.

¡ Cielos ! ¿ podré yo hablar ?

EDIPO.

¿ Qué ? ¿ Todavía  
Vaticinarme quieres mas desgracias ?

ICARO.

Señor , oidme á solas un momento. (*Edipo á su  
acompañamiento*)  
Idos de aquí ¿ que quereis anunciarme ?

ICARO.

Que debéis olvidaros de Corinto ,  
Si vais allá , segura es vuestra muerte.

EDIPO.

¿ Quién me estorvará entrar en mis estados ?

ICARO.

El trono de Polibio otro lo hereda.

EDIPO.

¿Aun no basta? ¿Será este el postrer golpe?  
Persígueme, persígueme destino;  
Pero no lograrás nunca abatirme.  
Si antes iba á reinar, vamos ahora,  
A combatir, á presentarme luego,  
A mi viles y pérfidos vasallos.  
Entre esos desgraciados tan amantes  
De la revolucion, hallaré al menos,  
La honrosa muerte que anheló mi alma:  
Y si entre los tebanos pereciera,  
Criminal moriria; y amo mucho  
Expirar como rey. Quienes son, dime,  
Mis enemigos? Dime ¿qué extranjero,  
Sobre el trono de Edipo está sentado?

ICARO.

El yerno de Polibio; y el rey mismo,  
Al morir le ha ceñido la diadema,  
Y todo el pueblo al nuevo rey acata.

EDIPO.

¡Ay! ¿mi padre tambien, mi padre ¡ciclos!  
Me fué traidor? ¿Mi padre ha concurrido,  
A la revolucion, y me destrona?

ICARO.

Justamente asi obra; no sois su hijo.

EDIPO.

¡Icaro!

¡ICARO.

Con dolor, temblando ofrezco  
Referir el secreto mas terrible:  
Pero es preciso, y toda la provincia :::

EDIPO.

¡ Conqué no soy su hijo !

ICARO.

Asi Polibio lo afirmó muriendo ;  
Y del remordimiento compelido  
Os renunció á favor de vuestros reyes :  
Y yo de su secreto confideñte ,  
Yo cómplice tambien , de la venganza ,  
Del nuevo rey huyo , y á estos lugares ,  
Vine á buscar el patrocinió vuestro.

EDIPO.

¡ No soy su hijo ! ¿ quién soy pues ? ¡ O dioses !

ICARO.

El cielo que en mis manos vuestra infancia ,  
Depositó , con un obscuro velo  
Vuestros padres oculta. Solamente ,  
Se que apenas nacisteis , condenado  
Fuisteis á perecer , y en un desierto ,  
Murierais , si mis ojos no os vieran.

EDIPO.

¡ Conqué desde el nacer fuí desgraciado !  
¡ Conqué ya fuí el horror de mi familia ,  
Desde la cuna ! ¿ En donde me encontraste ?

ICARO.

Allá en el Citeron.

EDIPO.

¿ Cerca de Tebas ?

ICARO.

En este monte solitario expuso

Vuestra infancia un tebano que decía,  
 Ser vuestro padre: algun dios bondadoso,  
 Allá guió mis pasos: conmovido  
 En mis brazos os tomo: yerto estabais,  
 Y á la vida os volví; y en el instante  
 A Corinto os conduje, al rey Polibio,  
 Os presenté: sintió vuestra desgracia,  
 Y os adoptó en lugar de su hijo muerto.  
 Esta astucia y política dichosa,  
 Su precario poder aseguraba;  
 Y yo libertador de vuestra vida,  
 Os eduque como si su hijo fuerais,  
 Pero en verdad el trono no era vuestro.  
 El interés subir á el os hizo,  
 Mas el remordimiento, de él os lanza.

EDIPO.

¡ Dioses que presidis á los destinos,  
 De los Reyes! ¿á que fin tantas veces  
 En un dia quisisteis oprimirme?  
 ¿ Paraqué los oráculos traidores  
 Contra un débil mortal asi conspiran.  
 Añadiendo prodigios á prodigios?  
 Y dime amigo ¿ has vuelto á ver acaso,  
 A aquel anciano desde aquel momento  
 Fatal que de sus manos me tomaste?

ICARO.

Jamas le volvi á ver; quizá la muerte,  
 Al único mortal ha arrebatado,  
 Que os podria informar de vuestro padre.  
 Mas sus facciones en mi mente impresas.  
 Largo tiempo quedaron, y aun ahora  
 Yo le conoceria si le viera.

EDIPO

¡ Infeliz ! ¿ paraqué ya conocerle ?  
Pues lo quieren los dioses , mas valdria  
Apreciar este velo que me cubre.  
Mi destino preveo : solamente  
Me manifestaran nuevos horrores ,  
Las noticias que adquiriera ; no lo ignoro ;  
Mas no obstante los males que preveo ,  
Cierta curiosidad me precipita.  
Vivir no puedo en tal incertidumbre ;  
Que mas que mi ignorancia me atormenta ,  
La duda : y aunque es cierto que abomino  
La luz que puede iluminarme , temo  
Conocerme , mas no puedo ignorarme.

ESCENA III.

EDIPO , ICARO , FORBAS.

EDIPO.

¡ Ah Forbas ! á mi llega !

ICARO.

Mi sorpresa :::

Es extrema ::: pues cuanto mas le veo ,  
Mas ::: ; ah señor ! él es , el es , el mismo :::

FORBAS.

Disimula si acaso tus facciones  
Desconocidas :::

ICARO.

¿ Qué ? ¿ ya no te acuerdas ,  
Del monte Citeron ?

FORBAS.

Yo no te entiendo.



ICARO.

¿Cómo no? No pusiste tu en mis manos,  
Este niño que estaba ya á la muerte :::

FORBAS.

¡Ah! ¿qué es lo que dijisteis? ¿Qué recuerdo  
Renacer haces en el alma mia?

ICARO.

No temas nada no ¿porqué turbaste?  
No hay aqui sino objetos de alegría,  
El niño que te nombró es este, Edipo.

FORBAS.

¡Qué no te pierda Jove! ¡extrangero!  
¿Qué es lo que dices?

ICARO.

No, no hay que dudarlo,  
Señor; por mas que este tebano diga,  
El mismo os colocó entre mis brazos:  
Conoceis vuestra suerte, y vuestro padre.

EDIPO.

¡O suerte que me oprime! ¿Hay en el mundo  
Desgracia que á la mia se parezca? (*á Forbas*).  
¿Sois vos mi padre! ¡Hubiera permitido  
El cielo derramarais vuestra sangre!

FORBAS.

No sois mi hijo, no.

EDIPO.

¿Pues qué? ¿mi infancia,  
Vos no expusisteis?

FORBAS.

Permitidme os ruego ,  
Huir señor de la presencia vuestra ,  
Y una historia ocultaros muy terrible.

EDIPO.

Forbas ; por el gran Jove , nada ocultes.

FORBAS.

Huid señor , huid de vuestros hijos ,  
Huid de vuestra esposa.

EDIPO.

Solamente

Te pido que respondas : es en vano ,  
Quererme resistir. Aquel infante  
Por ti mismo á la muerte destinado ,  
¿ Le pusiste en sus brazos ?

FORBAS.

Si le puse :  
¿ Qué no muriera yo en aquel instante !

EDIPO.

¿ Y cual era su patria ?

FORBAS.

Tebas misma.

EDIPO.

¿ Eras su padre tú ?

FORBAS.

¿ Ay ! fué su padre ,  
De sangre mas gloriosa y desgraciada.

EDIPO.

? Quien era !

FORBAS (*arrodillándosele*).

Mas , señor ; ¿ á que saberlo !

EDIPO.

Acaba , dímelo , yo te lo mando.

FORBAS.

Iocasta era su madre.

ICARO.

¿ Este es el fruto  
De mis nobles cuidados y fatigas ?

FORBAS.

¡ Estrangero ! Tú y yo ¿ que es lo que hicimos ?

EDIPO.

Lo que esperaba yo.

ICARO.

Señor :::

EDIPO.

¡ Crúeles ;

Salid , salid por fin de mi presencia :  
Temed la recompensa de los bienes  
Funestos que me hicisteis : huid presto ,  
No sea que os castigue duramente ,  
Por haberme vosotros conservado ,  
Á perpetrar horrores inauditos.



ESCENA IV.

EDIPO.

Conque ya está cumplido el execrable  
 Oráculo : ya en fin mi mismo miedo  
 Su inevitable efecto ha acelerado ;  
 Y por mil horrorosos incidentes ,  
 Incestuoso me veo y parricida ,  
 Y á pesar de todo esto , virtuoso.  
 ¡ Desgraciada virtud ! Nombre funesto ,  
 Y estéril por el cual arreglé siempre  
 Los dias que detesto , sin que al hado  
 Pudiera resistir mi vida austera.  
 Antes por el contrario hacia el peligro ,  
 Queriéndole evitar , corrí ligero.  
 Un Dios que la virtud mucho mas fuerte ,  
 Me arrebatava hacia el crimen , y un abismo  
 Abria se mis plantas fugitivas ;  
 Y era yo á mi despecho sin saberlo ,  
 Instrumento y esclavo del destino.  
 Este es mi crimen , otros no conozco.  
 Mis delitos ¡ ó dioses inflexibles !  
 Vuestros son ¿ cómo osais pues castigarme ?  
 Mas ¿ dónde estoy ? Que sombras horrorosas  
 La faz me ocultan con su horrible velo ?  
 Estos muros con sangre están manchados :  
 Las Furias veo ya , que sacudiendo  
 Sus teas , á vengar el parricidio ,  
 Llegan , mil y mil truenos horrorosos  
 Estallan sobre mi : se abre el infierno :::  
 ¡ O Layo ! ¡ O padre mio ! Tú , tú eres :  
 Veó ; conozco la mortal herida  
 Que en el lado te abrió mi impía mano.  
 Véngate , hiere á un mónstruo detestable ,

Que abrió el costado de dó habia salido.  
Acércate , arrástrame á las sombras  
Del reino de Pluton : con mis horrores  
Iré á espantar las sombras infernales.  
Ven , yo te sigo.

### ESCENA V.

EDIPO , IOCASTA , EGINA , AGENOR *al frente  
del pueblo.*

IOCASTA.

Calma ya mi espanto  
Edipo, que tus gritos horrosos,  
Han llegado hasta mí.

EDIPO.

Tierra ¿ qué tardas?  
Sepúltame por fin en tus abismos.

IOCASTA.

¿ Qué desgracia imprevista te enfurece !

EDIPO.

Mis crímenes.

IOCASTA.

Señor.

EDIPO.

Huye Iocasta.

IOCASTA.

¡ Ay ! ; esposo cruel !

EDIPO.

Calla ; infelice !

¿ Qué pronunciais ? ; Edipo vuestro esposo !

Olvida ya ese nombre abominable ,  
Que nos colmó de execracion á entrambos,

IOCASTA.

¿ Que escucho ?

EDIPO.

No hay remedio , se han cumplido  
Nuestros destinos : Layo era mi padre ,  
Y vos la madre sois del cruel Edipo. (*Sale Edipo*).

AGENOR.

¡ O crimen ! ¡ ó terrible y triste dia !

IOCASTA.

Egina arráncame de este palacio  
Cubierto del horror.

EGINA.

¡ Ay !

IOCASTA.

Si te mueven  
Tantos males , si puedes á Iocasta  
Sin temblar acercarte , cara Egina  
Sostenme , ayúdame , de mí te apiada.

AGENOR.

¡ Dioses ! ¿ Habeis saciado vuestro enojo ?  
Gozad gozad vuestros funestos bienes ,  
¡ Crueles ! mas valiera destruirnos.

ESCENA IV.

IOCASTA, EGINA, EL SUMO SACERDOTE, AGENOR  
*al frente del pueblo.*

SUMO SACERDOTE.

Pueblo , la feliz calma ha desterrado  
La negra tempestad : sobre vosotros  
Un sol brilla mas puro y mas sereno.  
Ya se extinguieron las funestas teas ;  
Ya los sepulcros que á tragarnos iban  
Se cerraron , huyó la impía muerte  
Y el soberano Dios de cielo y tierra  
Su bondad nos anuncia con el trueno. (*aqui se oye  
el trueno y brillan los relámpagos*).

IOCASTA.

¡Que estruendo! ¡Cielos! ¿Donde estoy? ¿Que escucho?  
Bárbaros !:::

SUMO SACERDOTE.

Se acabó , ya están contentos.

Los Dioses : ya cesó de perseguirnos .  
Desde la tumba Layo , y os permite  
Vivir y aun reinar : á su venganza  
Basta la sangre del impio Edipo.

AGENOR.

! Dioses!

IOCASTA.

¡ Ay ! ¡ hijo mio ! ¿ Diré esposo ?  
! Mezcla espantosa de tan caros nombres !  
¡ Conque murió !

SUMO SACERDOTE.

Aun vive , mas la suerte  
Que le abruma , parece separarle

Del reino de los vivos y los muertos ;  
Se privó de la luz , y no ha espirado.  
Yo le he visto clavarse en ambos ojos  
Esta espada manchada con la sangre  
De su padre : llenó ya su destino ,  
Y este fatal momento es la primera  
Señal de la salud de los Tebanos.  
Así lo quiere el cielo que en su enojo  
Se cansa de sufrir : como le place  
Gracia , ó justicia acuerda á los mortales.  
Sus iras agotó contra este hijo  
Desgraciado : vivid que el os perdona.

IOCASTA.

Yo me castigo. (*se hiere.*) Si un Dios inhumano  
Me reservó al incesto , ven ó muerte ;  
Tu eres mi único bien , y el Dios que adoro.  
Layo , recibeme ; que yo te sigo  
Al reino de la muerte sin temores ,  
Porque mi guia la virtud fué siempre.

AGENOR.

¡ O destino execrable ! ¡ infeliz reina !

IOCASTA.

Llorad solo á mi hijo , que aun respira.  
Sacerdotes , Tebanos , que otro tiempo  
Fuisteis súbditos míos , mi sepulcro  
Honrad , y no olvidéis que vuestra Reyna ,  
En medio del horror conque el destino  
Se gozaba oprimirla , fué virtuosa  
Hasta causar rubor á las deidades  
Que al crimen mas horrendo le arrastraron.

FIN.





